

LA MEMORIA DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA EN LA LITERATURA DE ALGUNAS ESCRITORAS EXILIADAS

Negrete, Peña, Rocío¹

RESUMEN

A través de los textos autobiográficos de varias mujeres que, habiendo participado activamente en el bando republicano durante la guerra civil española, forman parte del exilio de 1939, analizaremos el papel del colectivo femenino en estos años.

PALABRAS CLAVE

Literatura, memoria, guerra civil, papel de la mujer

ABSTRACT

Through the autobiographical texts written by some women, who had actively participated in the republican group during the Spanish civil war, we will analyze the role of the female collectivity these years.

KEYWORDS

Litterature, memory, spanish civil war, women rol

LA MEMORIA DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA EN LA LITERATURA DE ALGUNAS ESCRITORAS EXILIADAS

La memoria de la Guerra Civil es uno de los temas más prolijos en la historiografía memorialística, mas son varias las voces que desde la última década del siglo XX critican que los estudios sobre la guerra civil española han descuidado la perspectiva de las mujeres en ella. Mary Nash (1999) argumenta a este respecto que si queremos un conocimiento amplio y válido sobre la vida cotidiana, los sistemas de valores culturales, la resistencia civil y la supervivencia en la retaguardia, y los cambios sociales, la visión de género es esencial. Además, la participación en la lucha y el compromiso de mujeres de letras antifascistas viene dado por dos procesos que venían dándose en la España de principios del siglo XX. Por un lado, la politización del colectivo femenino, para el cual la guerra iba a ser un verdadero catalizador. Por otro, la voluntad creciente de intervención y compromiso por parte de la intelectualidad republicana. En este sentido, los testimonios directos de aquellas mujeres que vivieron estos años son de una gran relevancia como fuente histórica. Pero para Alberto Reig Tapia (1999: 40) la memoria literaria, o memoria culta, “representa una fuente del mayor interés a la que resulta imposible hurtarse dada la decisiva influencia que ejerce sobre la formación de la memoria colectiva, y sin embargo (...) apenas ha sido aludida” A pesar de lo que podría parecer, la literatura sobre la Guerra Civil no ha sido exhaustiva.

A la hora de seleccionar autores y obras para esta reflexión, he tenido en cuenta dos factores y términos tomados de Josefina Cuesta. Esta autora recoge como, “casi inabordable la memoria de una sociedad en su conjunto, el concepto de memoria colectiva se aplica con más justeza a determinados grupos sociales, nacionales, étnicos o de género” (Cuesta, 2008: 93). Por ello, un

¹ UNED y Université Lyon II: rocionegretepena@gmail.com

primer factor que servirá de tamiz para el gran número de escritos literarios en el exilio sobre la guerra civil es la memoria política, relativa a una determinada ideología o partido. En este caso, “la investigación se encuentra ante una necesidad doble: una, analizar las prácticas oficiales y las fuentes escritas de la memoria (la memoria colectiva e histórica del grupo) y la otra, fundada en las evocaciones individuales del pasado y las fuentes orales (la memoria viva)” (Cuesta, 2008: 109). Para nuestra selección, se ha optado por militantes de las JSU, el PCE y la CNT. Nos encontraremos, no obstante, con la limitación expresada por Reig Tapia (1999: 41) de que, dentro del bando de los vencidos “solo caben dos respuestas desde el punto de vista literario una vez concluido el conflicto”: la persistencia del testimonio militante que recrea la intensidad de la experiencia, o la evasión del tema”. Por otro lado, el segundo factor clave será el de memoria de género, refiriéndonos a testimonios de mujeres. Pretendemos así evocar las voces de mujeres comprometidas que *persistieron*, capaces de entonar afirmaciones como estas: “Sí, todos eran mi gente pobre y mi pueblo. La guerra civil me había enseñado su cara” (León, 1999: 169)

La recogida de testimonios y pasajes literarios sobre la guerra civil no es una tarea novedosa. Aún en 1937, la Alianza de Intelectuales Antifascistas, mediante María Teresa León se lanzó con una compilación de artículos de prensa, bajo el título de *Crónica General de la Guerra Civil*. La obra se editó en plena Guerra Civil y sólo se distribuyó en el bando republicano por lo que se convirtió en una rareza bibliográfica ya en esa época. En palabras de la propia María Teresa en el Prólogo, su intención es “ayudar la memoria”. Pretende ser un “agitador de las conciencias europeas”. Mas, con la derrota en la guerra, las mujeres de letras republicanas se vieron obligadas al destierro y pasaron a constituir la denominada “España peregrina”. Pero en su exilio, sus recuerdos nunca desaparecieron y dedicaron parte de su producción literaria a luchar contra el silencio en el que se veían sumidos los vencidos. Desde los primeros momentos, sus vivencias personales de la guerra se convirtieron en un material esencial dentro de la literatura del exilio.

Con la publicación, en 1941, de su novela pionera *Contra viento y marea*, María Teresa León puso al frente de estas novelistas del exilio. Sin embargo, el verdadero inicio de la recuperación de la *memoria silenciada* de las mujeres exiliadas no se inició hasta la muerte de Franco. Los protagonistas de esta recuperación fueron tanto los movimientos sociales, las nuevas novelas y autobiografías que iban viendo la luz y los estudios historiográficos antifranquistas y, en especial, los de jóvenes mujeres universitarias como Rosa María Capel, Mary Nash, Alicia Alted, Anna Aguado, Fernanda Romeu, Shirley Mangini, Antonina Rodrigo, Encarna Barranquero o Teresa Vera.

También empieza a haber algunas nuevas aportaciones editoriales, a las que se unieron memorias inéditas escritas entonces o antes. En 1978, Bruguera de Barcelona publicaba por primera vez en España *Cuatro años de mi vida* de Victoria Kent y patrocinó *El único camino* de Dolores Ibárruri, Pasionaria. Por su parte, Federica Montseny publicó en 1987 unas nuevas memorias, en este caso las de sus primeros cuarenta años. Así, aunque fuera parcial, podemos ver que hubo recuperación de la memoria, viendo como fueron llegando las autobiografías de Emilia Elías, Constanza de la Mora, Consuelo García, Isabel Oyarzábal, Silvia Mistral, Rosa Chacel, Carlota O'Neill, Carmen de Zulueta, Aurora Bertrana. Lola Iturbe, Ernestina de Champourcín, María Zambrano, Concha Méndez, Carmen Baroja, Teresa Rebull, Carmen de Zulueta, Isabel Cueva, Isabel García Lorca, Otilia Castellvi o las que ocupan este trabajo. Además, a comienzos del 2004 se creó en la Universidad Complutense de Madrid un grupo de investigación que trabajaría el campo de la Literatura Española escrita por Mujeres. Dentro de

este campo, una de las líneas de investigación es la memoria de la Guerra Civil en las escritoras españolas. Así, *Memorias de la Guerra Civil en las escritoras españolas* estudia los diferentes géneros —novela, poesía, teatro, diarios o ensayos— que eligieron las mujeres de letras para hablar de su experiencia. También aborda las distintas etapas: escritoras que vivieron la guerra durante su infancia o en la edad adulta; las que la recuerdan en la dictadura, durante el exilio o en la democracia. Y, por supuesto, se abarcan los escritos de ambos bandos, entre otras cosas porque lo que prima en ellas es hablar del drama humano más que de ideologías (Mayoral y Mañas, 2011: 747).

A partir de los testimonios de estas mujeres en la literatura, pretendemos reconstruir la memoria de la guerra civil, y de lo que significó para el colectivo femenino e ideológicamente comprometido que se vio obligado al exilio en 1939. Los testimonios de sus experiencias contribuyen a construir una nueva memoria histórica, pero su escritura, a medio camino entre la literatura y la historia, era también un medio que les ayudaba a superar el recuerdo traumático de la guerra y a reconstruir su identidad. Por eso, para comprender esta memoria de la guerra de las mujeres de letras, analizaremos, por un lado, el principal objetivo de su creación literaria, la de cultivar y reivindicar esta memoria. Por otro lado, ahondaremos en los recuerdos y en la imagen que con ellos las obras literarias transmiten: el significado de la guerra y del exilio, incidiendo en aquello por lo que lucharon y perdieron, y en, precisamente, como dieron renunciaron a sus por ello.

LA NECESIDAD DE LA MEMORIA

En el prólogo a las memorias de Silvia Mistral, editadas en 1940, León Felipe escribió: “Hay que escribir esta historia y hay que leerla con valor y con frecuencia para que están ahí siempre, ante nuestros ojos, nuestras miserias y nuestros pecados” (Mistral, 2011: 69). Efectivamente, la escritura de los y las exiliadas de la guerra civil no carecen de memoria.

El tono urgente de los testimonios y creaciones literarias de las exiliadas viene dado por el silencio impuesto por el régimen, contra el que se rebelan como mejor saben: escribiendo. Así, muestran una necesidad de denunciar no sólo las injusticias cometidas contra ellas, sino también contra muchos otros muchos compañeros, en especial otras mujeres (Mangini, 1997: 68). María Teresa León, en este sentido, no se resigna, y mediante la escritura literaria sobre la guerra civil y su memoria, muestra “una urgencia de volver a explicar ciertos temas decisivos ante el manipulado público español de la dictadura y ante el desinterés interesado de la opinión internacional” (García Montero, 2000: 8). Urgencia es también lo que siente el protagonista de *Juego Limpio*, quien no es sino un hombre de la Iglesia Católica, un “curilla”, al que el levantamiento franquista le sorprende en zona republicana, y aunque sus ideas y su familia estaban más próximas a la otra zona, no encuentra valor para pasarse. Así, participará en las Guerrillas del Teatro, del Ejército republicano del Centro durante la totalidad de la guerra y, al acabar esta, y volver él a su antigua vida, encuentra que no puede contar todo lo que hizo, todo lo que vio, pero que los recuerdos le tortura:

“De muchas cosas he de hablaros. Quiero decirlas a tapadas en estas hojas que nadie leerá. He salvado apenas unas cenizas alegres, vivido una lección. Estoy en ese punto doloroso que es como un gemino que avergüenza y que mis maestros de moral llamaba arrepentimiento. Llevo los ojos cargados de verdades, que no me pertenecen. No sé cómo hacerlas salir. Soy un navío atracado a la soledad de su puerto y sufro porque quisiera encontrarme con el marinero borracho que conoce las mejores tabernas y acompañarle muelle abajo, en silencio, pensando en las alegres cosas que se fueron” (León, 2000: 21)

Teresa Pàmies (1975a: 11) reconoce que se aventura a escribir sus memorias de la guerra tras revisar las palabras y los actos que protagonizó durante la guerra, en la Hemeroteca barcelonesa de la calle del Carmen:

“Palabras insólitas por ingenuas, injustas a veces. Las he leído como si no fuesen mías, pero lo fueron; lo son. He tenido envidia de aquella muchacha que fui, que ya no soy. He mirado las fotografías de aquel rostro lozano, agresivo de ojos llameantes como los de todo joven que cree en lo que dice, rabiosamente, aunque diga sandeces, aunque predique utopías, las bellas utopías sin las cuales el hombre no habría llegado a serlo”.

Se trata de una memoria urgente, necesaria, pero sin perder nunca de vista su naturaleza subjetiva. María Teresa León (2000: 229) incide en la idea de contar la guerra civil individual, de cada uno: “Quiero escribirlo y así, fijo bajos mis pobres ojos, leer lo que nadie va a leer nunca. Esto que sale de mi sangre es la guerra, mi guerra, la que me tocó vivir, llevar sobre los hombros, la que llevo aún... Cada soldado en su mochila de regreso trajo la guerra que vio. La mía es esta”. También al escribir sus propias memorias, reconoce que “todos son palabras y colores dentro de mí que ya no sé muy bien qué representan. Me asusta pensar que invento y no fue así, lo que descubro, el día de mi muerte lo veré de otro modo, justo en el instante de desvanecerse” (León, 1999: 15). En la original novela de Teresa Pàmies, *Memoria de los muertos*, comienza refiriéndose a la subjetividad de la memoria, afirmando que “cuando los vivos nos recuerdan [a los muertos] lo hacen condicionados por el remordimiento. Nos evocan mejores de lo que fuimos.” (Pàmies, 1981: 9). La cuestión de la memoria es el centro de este escrito, sentenciando que “los muertos no tienen frío, ni calor, ni sed, no hambre, ni gozan ni sufren. Los muertos solo tienen memoria” (Pàmies, 1981: 16).

También Paloma Ulacia Atolaguirre, nieta de Concha Méndez estableció que “una de las características del exiliado es, sin duda, el sentir que su identidad se ha perdido, razón por la cual sus recuerdos se le vuelven doblemente importantes. Puesto que ya ha perdido el contexto en el que antes se había desarrollado, la necesidad de recordar rebasa los límites de una simple nostalgia para convertirse en la columna vertebral de su identidad” (Ulacia, 1990: 15) En palabras de María Teresa León (1999: 24-25), “es como si yo no perteneciese a ese país del que leo los periódicos y, sin embargo, no han variado ni el formato ni el papel no, seguramente, los lectores. Siento todo fuera de mí, arrancado, como si hubiera sido un sueño puesto sobre la mesa, impreso en hojas. (...) Siento angustia. He sentido muchas veces angustia al mirar, sentados junto a mí, a seres que dicen son mi gente y no los reconozco”.

Cabe recordar que una de las características de la memoria de la guerra es que tuvo que esperar 36 años para poder ser expresada libremente en España. Las mujeres que en su exilio ponen su testimonio sobre el papel, son conscientes de ello y como María Teresa, nos cuentan que

“cuando ahora, viejos y vencidos, nos sentamos los de entonces, los de noviembre de 1936, por ejemplo, nos sentimos soldados napoleónicos que cuentan no sus hazañas, que no las hicimos, sino las no hazañas, lo divertido, lo inolvidable. (...) Allí donde cuatro españoles se encuentran, ¿de qué van a hablar? ¿No comprendéis que son combatientes de una guerra no concluida? Es asombrosamente cierto que nada ha terminado. El paréntesis será muy corto en la historia de España, muy largo en nuestras horas sin regreso; por eso hablamos y contamos y discutimos y cantamos y nos reímos. Cada uno tiene su guerra personal y su enfoque y sus porqués. No se los toquemos, porque de ellos se vive” (León, 1999: 180).

Abundan las referencias de evidencias anecdóticas de la formación cultural y de la educación de estas mujeres, que les sirvieron de guía a lo largo de su vida y que les llevaron a advertir la importancia de la literatura y, *lato senso*, de la memoria. Gina Herrmann (2010), por ejemplo, demuestra como, a partir de muestras orales, muchos entrevistados relatan como las novelas, poemas y canciones del heroísmo bolchevique les ofrecieron ejemplos de sacrificio personal y devoción a una causa. Teresa Pàmies anota que, siendo una niña, su padre le prestó la autobiografía de Trotsky. También recuerda como ella y otros miembros de las JSU fueron cautivadas por fotos de la URSS: “Nunca se había editado tanta propaganda de la URSS en España. El álbum *20 años de vida soviética* tenía 200 fotografías de la URSS que hacían que se nos cayese la baba” (Pàmies, 1975a: 79). En *El único camino*, Dolores Ibárruri narra cómo en su juventud su conciencia política se formó con el contacto con las canciones rusas de solidaridad obrera, incluso antes de la revolución de 1917. Estas, junto con la lectura de *El manifiesto comunista* y *El Capital* “fue para mí como una ventana abierta en mi conciencia hacia la vida” (Ibárruri. 1992: 144).

Teresa Pàmies es capaz de realizar una lúcida autocrítica en sus memorias, pero no renuncia a sus actos: “Si no lo hubiésemos creído no lo habríamos dicho. La juventud no proclama lo que no siente. Puede equivocarse, desbarar incluso, pero nunca defiende conceptos que le repugnan. No debemos reír de lo que dijimos hace treinta años. No debemos avergonzarnos al oírnos hoy, cuando ya no somos jóvenes, cuando tenemos hijos que no juzgarán por lo que dijimos entonces -por erróneo o acertado que fuese- sino por nuestros hechos.” (Pàmies, 1975a: 12-13) El orgullo por su actuación en la guerra, la conciencia tranquila es un elemento necesario para luego poder reivindicar su memoria.

La reivindicación de la necesidad de recordar viene acompañada también por un rechazo, incluso para las mujeres más activas durante el conflicto, de la guerra. Las voces pacifistas, como esta de María Teresa León (2000: 95) se insertan en los recuerdos y valoraciones de este periodo de la historia de España: “*MUERTOS POR EL HONOR Y LA LIBERTAD DEL MUNDO* ¿Dónde nacieron? Puede ser que lo importante sea sólo dónde morimos. Somos el prelude de algo espantoso, porque la guerra ya no tiene nada de caballeresco ni es cortesía, ni siquiera juego limpio y bárbaro, la guerra es únicamente la pelea de dos perros rabiosos”. La guerra civil fue “¡Tres años de juventud idos! ¿Cómo recobrarlos? Estas calles asombradas no pueden ser las mismas. Nosotros no podemos ser los mismos” (León, 2000: 256).

Paradojas de la vida, María Teresa León, quien había consagrado su vida en el exilio a recordar, sufrió de la enfermedad del olvido, el Alzheimer, al final de su vida. “A ti, María teresa, que andas ahora, a tus 83 años, perdida y olvidada de quien eres, como una blanca sombra por una selva shakesperiana, te quiero recordar, separando las ramas que nos confunde, aquello que no se nos fue de la memoria” (Alberti, 1987: 66). Quien había puesto en boca de sus personajes frases como “Debe ser que no me atrevo a separarme de estos recuerdos que sin concierto voy amontonando, de estas pruebas de mi cobardía” (León, 2000: 198) no tendría más recuerdos. Afortunadamente, ya nos había avisado: “Perdonadme que cuente de manera tan personal mi amor a las cosas inanimadas que se despierta en los que van a morir” (León, 1999: 207).

LA MUJER COMO SUJETO POLÍTICO: “LO QUE HEMOS PERDIDO”

Silvia Mistral narra su llegada a México reflexionando sobre lo que se había perdido:

“Venimos con la ilusión de empezar una vida deshecha por los horrores de la guerra. Somos todos pobres. Traemos solamente el recuerdo de las cosas que quisimos formar y que se perdieron en la guerra o en el éxodo. Nos queda el alma, elevada y purificada por las angustias del exilio, el afán de recobrar lo perdido, para nosotros y para aquellos que gimen bajo el manto fatal de la tragedia” (Mistral, 1940: 191)

Históricamente, las tres grandes barreras que las mujeres tuvieron que superar para acceder a la política en España fueron la misoginia de la religión cristiana; la legislación que relegaba a las mujeres en un estatuto de minoría, y las presuntas teorías médico-científicas que identificaban a los varones con la razón y a las mujeres, con las pasiones. “Estas tres líneas de fuerza, fundidas en una especie de Santa Alianza, se levantaron como una muralla formidable para impedir la entrada de las mujeres en el coto vedado de la política” (Álvarez-Uría, 2013: 634). Por ello, las mujeres que habían defendido la República durante la guerra tenían que hacer cargo de una doble tragedia: la desaparición del sistema democrático por el que apostaban de cara al empoderamiento del pueblo y como paso previo a una revolución social, pero también la pérdida de los beneficios económicos, sociales y políticos ganados durante años para las mujeres. María Teresa León describió el advenimiento de la República diciendo que “estrenábamos traje. Un traje sin mangas que nos orpimieran” (León, 1999: 111). En las recreaciones literarias de la guerra uno de los puntos comunes es el tono de protesta por el destino de España, particularmente desde la perspectiva femenina.

Las voces de las literatas exiliadas nos muestran la conciencia colectiva de individuos que han perdido mucho, y que han vivido y experimentado la crueldad de la guerra y de sus consecuencias. La protagonista de *Los diablos sueltos*, la novela de Mada Carreño lanza esta reflexión sobre el comienzo de la guerra: “¿Son todas las guerras como esta nuestra? Al principio todo aparece como un alumbramiento glorioso. Hay un aceleramiento de las facultades, de todas las energías. Se vive en plena fiebre amorosa. Nunca olvidaré a esos grupos de muchachos vigorosamente alegres, entorpecidos con el fusil que acababan de darles, cargándolo con manos inhábiles”. Sin embargo, pronto añade a este entusiasmo la posibilidad de perder la guerra, pues “la lucha siega a los mejores. Y los que vienen detrás se apropian su lenguaje y sus gestos para fines que ya no son los mismos. Es una segunda oleada, turbia, que se impone a la primera, luego vienen otras aún, cada vez más opresivas. ¿Qué vamos a hacer si perdemos la guerra? ¿Y qué haremos si la ganamos?” (Carreño, 1975: 11)

Para María Teresa León, uno de los elementos más importantes del periodo republicano fue el florecimiento cultural y el acceso a la cultura para las clases populares, misión de la que ella formó parte. En *Juego Limpio* alude a una escena en que preguntan a un soldado si sabe leer.

Ante la respuesta negativa, se resalta que

“los pobres necesitamos leer para que no nos engañen. (...) ¿Verdad que hay que aprender a leer? (...) y que cuando un orador político hable, ya se hayan leído los buenos periódicos, que no engañan al obrero con palabras incomprensibles. Eso, que no nos engañen. Y poder leer los libros donde se habla de los problemas del proletariado ¿usted comprende? Porque los obreros y el hambre son iguales en un sitio que en otro y él sabía que existían libros donde se contaban historias fantásticas de lo que habían conseguido en otros países gente como él, que era tornero. Saber leer era como vivir por su cuenta, como establecerse en un lugar próspero que daría su fruto.” (León, 2000: 30).

Teresa Pàmies (1975a) cuenta la anécdota de que cuando redactó el texto de un cartel para el Primer Congreso de la *Dona Jove de Catalunya* cometió una falta de ortografía. Escribió "Congrés de la dona jove; ¿quant?" (¿Para cuándo el Congreso de la Mujer Joven?) en vez de "Congrés de la dona jove; ¿quan?" (¿A cuánto se vende el Congreso de la Mujer Joven?) En *Memoria de la melancolía*, la escritora alude al comportamiento de un hombre que disparaba contra las fuerzas republicanas que venían a liberar la isla de Ibiza:

Su respuesta me dejó sin respiro: 'Yo no sé leer ni escribir'. ¡Ni leer ni escribir! ¿Cómo podíamos exigirles que comprendiesen lo que estaba ocurriendo en España? ¿Es que teníamos derecho a pedirles a unos que no disparasen contra las fuerzas republicanas que venían a liberar la isla del fascismo, y a los liberadores que respetasen las obras de arte, si ellos no habían oído esta palabra en su vida? (...) ¿Cómo hablar en nombre de la cultura si los habíamos dejado sin cultura? (León, 1999: 168).

La defensa de la causa republicana durante los tres años que duró la guerra, llevó a nuestras protagonistas a identificarse con sus ideologías por encima de todo. Son varios los pasajes en los que recuerdan la fuerza de esas ideas que no pudieron llevar a la práctica, y por las que habían dado todo. "Es otro concepto de las cosas, eso es todo. Unos nacen para tener ideas, otros para tratar de convertirlas en realidades" (Carreño, 1975: 15). Son mujeres comprometidas con una causa que consideran justa, una *verdad histórica*, en el que pusieron todas sus fuerzas. Las mujeres perdieron la guerra y con ella, el reconocimiento legal de algunos de los derechos que tanto había costado ganar; pero perdieron también las esperanzas de que se generalizasen cambios de las relaciones de género en la sociedad española, cambios planteados desde posiciones feministas o, simplemente, entre aquellos que abogaban por una normalización política que para serlo de veras debía incluir a las mujeres. (Tavera, 2005: 199)

El cambio de costumbres y de relación entre sexos durante la guerra es, por tanto, otro elemento que las escritoras exiliadas reconstruyen en sus textos. Por ejemplo, Sara Berenguer nota un cambio en las costumbres más cotidianas, como que su padre empezó a llamar "compañera" a su madre. Sin embargo, las páginas literarias de estas mujeres contienen también testimonios que critican la actitud sexista a las que en el ambiente revolucionario de la guerra tuvieron que hacer frente por parte de los que eran sus compañeros. La libertad sexual reivindicada por los medios anarquistas debía ser la misma para los hombres que para las mujeres, pero en la práctica el libre desarrollo de las relaciones sexuales se vio frenado por prejuicios ideológicos y sociales de la sociedad patriarcal y capitalista. "Fue por esos motivos que infinidad de mujeres aceptaron la sumisión por miedo a no poder enfrentar, por sus propios miedos, la subsistencia (...) En realidad, los militantes luchaban por su libertad, olvidando que en casa tenían una compañera que también debía conquistar la suya, ignorándola bajo este aspecto"(Berenguer, 1988: 225). Sara se lamenta en varios pasajes de que

"Generalmente los compañeros consideraban que por el hecho de formar parte del Comité, debía ser una mujer libre en todos los sentidos. ¡Libre, sí! Pero no en el mismo sentido que ellos querían. Mi libertad, para algunos de los que me rodeaban debía ser, en particular, la libertad sexual. La libertad sexual para con ellos, por lo que, al negarme, ¡dejaban de considerarme una mujer libre! A lo que solía contestarles: "¿Es acaso ser libre ir a dormir con el primero que me lo solicite? En este caso, ¿dónde estaría mi libertad?" Yo también existía y podía sentir como ser humano, pero seguramente no había encontrado aún el hombre que hiciera palpitar mi corazón"(Berenguer, 1988: 75).

LA MUJER EN LA RETAGUARDIA: “LO QUE HEMOS HECHO”

Hablamos de mujeres extraordinarias que, ninguneadas por su condición sexual irrumpen en un mundo de hombres; en este caso doblemente castigadas por hacerlo en un contexto tan poco acorde con la generalización de su rol social y las características asociadas a su condición sexual (Ballesteros, 210: 255). Estas mujeres fuertes y decididas, denominadas “heroínas de la patria” que se enrolaron en las milicias los primeros días fueron relegadas por el poder masculino a otras tareas auxiliares, pasando a ser entonces “heroínas de la propaganda” (Strobl, 1996).

La oda que María Teresa escribe a las mujeres que luchan en Madrid es verdaderamente un grito que reclama el recuerdo de estas heroínas:

“Todo correrá la carrera del tiempo y nada se definirá, porque en lo infinito sólo estás Tú. Pero si fuese posible que me dejases, en tu sin igual misericordia, que te pudiese un lugarcito para que alguna acción de los mortales se eternizase, yo te pediría que en cualquier rincón del viento o de la primavera, o en un rayo de luz quedase el heroísmo de Madrid.

Era un heroísmo de aleluya callejera, pequeño y audaz. Mujeres fuertes desarmaban a los cobardes, muchachas de senos robustos llevaban banderas nunca vistas de rojas, hombres patilludos lucían su fuerza debida a sus trabajos, mientras los adolescentes morían, no doblando la cabeza, sino cerrando el puño. Allí el mono azul era un uniforme, y “camarada” el mejor regalo para decir a una mujer” (León, 2000: 131)

Las fuentes literarias, testimoniales y de ficción, nos ofrecen datos de primera mano sobre temas que implican directamente a las mujeres que nos los narran. Una idea importante que las memorias de Sara Berenguer transmiten es como en las circunstancias de guerra, las mujeres se vieron captadas en nuevas actividades políticas y sociales. La guerra trajo entonces consigo nuevas funciones y expectativas para las mujeres y aunque estas actividades siguieron siendo limitadas y dentro de la división de género del trabajo y la segregación laboral (Sara Berenguer trabajó de enfermera, de costurera o de mecanógrafa.), sí que se vieron ampliados los horizontes sociales femeninos. “Para la mayoría de las mujeres, sumisas e ignorantes, la revolución fue como un estallido de luz que vino a nosotras y nos abrió un camino que hasta entonces habíamos tenido vedado” (Berenguer, 1988: 11). Así, Sara representa en sus memorias a las mujeres anarquistas eran optimistas con la posibilidad de alcanzar un mundo igualitario con un modo de vida no patriarcal.

"En la retaguardia se habían organizado talleres confederales, colectividades de industria y campesinas. Las mujeres (...) iban reemplazando a los hombres en una infinidad de labores, cuando éstos tenían que incorporarse a los frentes. Era una obligación que nos imponíamos con voluntad y que, de seguir la vida de antaño, nunca habiéramos pensado en asumir tales responsabilidades. Además, tampoco los hombres hubieran "concedido" sus puestos. Desconocedores unas y otros de nuestro propio valor a causa de vivir una vida mediocre y sin conciencia de nuestras propias aptitudes."(Berenguer, 1988: 101-102)

María Teresa León, como directora del Comité de Agitación y Propaganda interior, y encargada de la formación de la compañía en el Teatro Nacional, así como vicepresidenta del Consejo Nacional del Teatro, aporta información sobre su importante papel en estas actividades teatrales, especialmente en su novela *Juego Limpio*. Esta reconstruye la actividad de las Guerrillas del Teatro, y constituye la perfecta imbricación de personajes y situaciones ficticias con personajes reales. De hecho, un estudio comparativo de *Juego Limpio* y de *Memoria de la melancolía* nos

ofrece una muy rica información sobre la actividad cultural del Madrid de la guerra civil. Esta, en concreto la de las mencionadas guerrillas, es ensalzada por María Teresa, mediante la voz de sus personajes, con palabras como las siguientes: “¡Qué diferencia con la otra zona! Nosotros, los obreros, estamos preocupados por la cultura y la capacitación de los combatientes; ellos piensan: cuando más brutos, mejor para explotarlos” (León, 2000: 44). La escritora admite que “si a algo estoy encadenada es al grupo que se llamó Guerrillas del teatro del Ejército del Centro.” (León, 1999: 47).

Sara Berenguer y Teresa Pàmies aluden cómo llegaron a ocupar ciertos puestos de responsabilidad sin apenas formación ni trayectoria política. Teresa se pregunta “¿Y cómo era posible que una muchacha con una base teórica tan precaria pudiese ser miembro del Comité Ejecutivo de las JSUC? Pues bien: en una guerra como aquella, las promociones son fulminantes; los grupos políticos proliferan y los cuadros disponibles apenas han leído los Estatutos de las organizaciones escogidas” (Pàmies, 1975a: 17). Sara Berenguer hace hincapié en su inexperiencia política cuando se involucra con la revolución en julio de 1936. A diferencia de otros sistemas ideológicos, como el marxismo, el anarquismo se caracteriza por una carencia de teoría, sobre la que la *práxis* siempre tiene prioridad. Pero esta realidad toma unos tintes extremos en julio de 1936, cuando rápidamente se dio un gran salto en la presencia femenina en el proceso revolucionario. La movilización popular femenina implicó no solamente a la élite de mujeres politizadas, sino a miles de mujeres hasta ahora marginadas de inquietudes sociales, y que a partir de asociaciones femeninas o de partidos políticos se organizaron durante la guerra civil. “No todo el pueblo que se unió a los primeros luchadores conocía las teorías anarquistas para ponerlas en práctica. Sin embargo, poníamos gran interés en hacer lo mejor que sabíamos las tareas que se emprendían”(Berenguer, 1988: 45).

Abundan también las referencias a la vida cotidiana en la retaguardia. Mada Carreño alude, por ejemplo, que “son las mismas películas desde hace tres años” (Carreño, 1975: 14), hablando de lo más banal. Menciona las cartillas de aprovisionamiento cuando Celia consigue un trabajo en el que “el sueldo no es muy alto, pero lo que importa es que está incluida desde ahora en la nómina oficial, con derecho a la cartilla de aprovisionamiento” (Carreño, 1975: 26), así como los problemas con la comida: “en verdad no sé cómo podemos subsistir con estas sopas de cebolla y agua, más las eternas lentejas. A cada hora del día tenemos hambre, pero casi más aún después de comer.” (Carreño, 1975: 31). María Teresa menciona el estraperlo en Madrid: “-Pero ¿qué es ese famoso estraperlo al que se le atribuyen todas las desgracias?” (León, 2000: 61). Es también especialmente sobrecogedora la escena en la que varios madrileños se disputan los restos de un caballo muerto por las bombas para comer (León, 2000: 113)

Otro problema que Mada menciona es el de la vivienda, a causa de los bombardeos, ya que “lo que sucede es que no hay posibilidad de encontrar un apartamento. Toda la población que vivía en el perímetro del puerto ha tenido que emigrar hacia el otro extremo a causa de los bombardeos, por lo que una parte de la ciudad permanece vacía y medio en ruinas mientras que la otra está sobrepoblada”(Carreño, 1975: 32). Los bombardeos de las ciudades de retaguardia como Madrid y Barcelona son otros de los temas que perduran en la memoria de las escritoras. Este pasaje de *Los diablos sueltos* ejemplifica estas duras situaciones:

“llegaron los aviones y cruzaron por encima aún antes de que sonasen las sirenas. Corrimos a guarecernos bajo el tablado que sirve para bailar, en el hueco que queda entre las estacas. Caían las bombas allí mismo, con su silbido estridente, progresivo, como si cada una de ellas fuera a acercarnos en mitad del cerebro. Nunca he sentido mayor pavor. El suelo entero se

sacudía. Me cubrí la cabeza con las manos y todo el tiempo que duró aquello permanecí así, sin moverme, murmurando la misma letanía:

-No quiero, no quiero, no quiero, no quiero..." (Carreño, 1975: 37).

La ciudad de Madrid fue otra que sufrió grandes cambios durante la contienda, como retrata María Teresa León (2000: 44) en *Juego Limpio*: "Recuerdo que salí a la calle, tomé un tranvía y creí que me había equivocado. No, aquello no podía ser Madrid. El sufrimiento le había cambiado la cara. Me miró un bobalicón de pelo revuelto porque debía tener los ojos con lágrimas." En otro pasaje, se retrata como "estaba vacío aquel Madrid de las noches terribles, de las barricadas cerrando las aceras, de los muros tapizados de consignas, de las hojas caídas y las paredes rotas y los muñecos entrapajados de hospital." (León, 2000: 94). Los bombardeos que desde noviembre de 1936 cayeron sistemáticamente sobre la ciudad permanecen en la memoria colectiva de aquellos que vivieron en Madrid aquellos tres años, por lo que las referencias trágicas se repiten a lo largo de los textos de María Teresa León.

El comienzo de la guerra es uno de los temas recurrentes en los escritos de María Teresa León o de Sara Berenguer. En el caso de la primera, conoce la noticia del levantamiento en la isla de Ibiza. Alberti (1987: 65) recuerda que

"estábamos allí porque habíamos perdido un tren que chocó de manera terrible, dentro de un túnel, con un expreso que volvía de Galicia. Y huyendo de la muerte, habíamos elegido la isla balear de Ibiza para pasar, tranquilos y escribiendo, las vacaciones. ¡Oh!"

Allí, una vez que la isla de Ibiza se unió al bando sublevado, permanecieron escondidos.

Tantos días de espera escondidos, de reuniones en las noches hablándoles a aquellos trabajadores inocentes de la revolución de Lenin, o enseñándoles a cantar, entre otras canciones que no conocían *La Internacional*, cuyas susurradas estrofas apenas las escuchaban la brisa marina que subía hasta nuestras casas, nuestros disimulados agujeros en la roca del monte" (Alberti, 1987: 66-67)

María Teresa se incluye como personaje en su novela *Juego Limpio* para narrar su aventura en Ibiza y recordar a dos compañeros que pasaron aquellos días con ella y con Rafael (León, 2000: 178):

"Escandell, tan limpio de ojos, tan buen obrero; y tú Pau, contrario de la misma idea convencido de que no hay que tener manías, a quién sacaban llanto de los ojos saber que Lenin duerme cubierto de cristal y amor mientras cae la nieve que jamás hace ruido. Vivimos agrios y duros días militares impuestos. Yo recuerdo vuestra voz, aunque hayáis olvidado la mía. Cantábamos himnos que allí sonaban temblorosos, conmovedores. Seis o siete corazones, apoyados en los troncos, creían en el valor y la razón del pueblo de su patria. Éramos bastantes."

Tras el levantamiento popular del 19 de julio en Barcelona, para Sara es significativa la presencia de su padre, que será su mentor político. En determinado momento, reconoce que aunque no recuerda los motivos de los disparos que se dirigían hacia su casa y de los que su padre y dos milicianos más se cubrían, sentía la necesidad de echarles una mano, a pesar de los gritos de su madre. "Sentí una fuerza extraordinaria y una predisposición a que si caía uno de ellos, sería yo quien empuñaría el arma ¡No por guerrear! Nada de eso. Sino por hacer justicia a los que sentía acosados." (Berenguer, 1988: 17). Luego, cuando su padre la llevó al Comité revolucionario de su barriada, y le dijo al compañero Miret que, aunque él se marchaba en poco al frente, dejaba allí a

su hija Sara, quien creía que podría serles útil. “¡Qué sensación sentí! Me llamaban compañera por primera vez. ¡ya formaba parte de ellos!”(Bereguer, 1988: 21)

El mes de febrero de 1939 lo pasaron Rafael Alberti y María Teresa en Elda, Alicante, hasta que el 6 de marzo abandonaban Elda a bordo de un “Dragón” que despegó de una improvisada pista y aterrizaron por casualidad en el aeródromo militar de Orán. María Teresa actuó de intérprete con las autoridades francesas “Ese señor es el general Antonio Cordón, ministro de la Guerra, y este otro es el señor Núñez Mazas, ministro del Aire. Aquél, un poeta, y yo...una miliciana” (León, 1999: 229)

CONCLUSIONES

La guerra civil constituye el "mito fundacional" de la memoria de los exiliados (Alted, 2005), de modo que no podemos entender el fenómeno del exilio si no tenemos en cuenta esta característica identitaria. Tras la guerra civil, las mujeres de letras llevaron consigo el peso de su derrota tras la lucha durante tres años por una causa que consideraban justa. Pues como anotó Sara Berenguer (1988: 311), "con el paso de la frontera francesa, habíamos dejado la ilusión de un futuro lleno de promesa, la libertad, nuestra habla, nuestros paseos y jardines. Todo un ambiente que jamás volveríamos a ver".

La reivindicación de estas, de su lucha y de su causa, significaba no cerrar del todo la puerta al sueño que no había podido ser. A pesar de que varias veces se ha interpretado el exilio como la significación, no solamente de la derrota del vencido, sino también de la pérdida de la propia identidad, las aportaciones de estas mujeres que siguieron luchando para rescatar su memoria nos demuestran lo contrario. Lo que les impulsó a rescatar sus recuerdos no era, sin embargo, aferrarse al pasado y quedar atrapadas en los años 1930, en absoluto, sino construir y representar literariamente su identidad. La idea de una memoria aleccionadora también se manifiesta en varias ocasiones. En Cuando éramos capitanes, Teresa Pàmies (1975a: 81) se pregunta: “¿Puede, nuestra generación, hacer algo todavía para impedir otro choque sangriento?”.

La memoria de la guerra se tornó necesaria no solamente para sus protagonistas, sino para la sociedad española en su conjunto, si es que realmente está dispuesta a enfrentarse con su pasado, reconocerlo, reivindicarlo o criticarlo, y aceptarlo como parte de sí. Las mujeres que fueron testigos de la guerra de 1936 en España constituyen un grupo singular (diferente de aquel que se quedó en España, y aún más de los que se identificaron con la victoria franquista) pero es el deber del pueblo devolverles el reconocimiento que se le robó con el silencio y el exilio, y no hay mejor manera que permitir su reintegración, aceptando y asimilando su memoria como nuestra.

Pero hemos de destacar que el reconocimiento de estas mujeres está siendo incompleto, pues todavía no se han visto reconocidas como actrices de la Historia, salvando pocas excepciones. En general, las valerosas mujeres republicanas siguen viendo su reconocimiento obstaculizado por su mera condición de mujer. "Se sigue recordando de este modo a Concha Méndez como la novia de Buñuel y la primera mujer de Manuel Altolaguirre; a Ernestina de Champourcin como la discípula de Juan Ramón Jiménez y la esposa de Juan José Domenchina. La única que parece haber logrado que se la reconociera por sí misma es María Zambrano. (Taillot, 2009: 37) Igualmente, la subordinación de María Teresa León al poeta-marido nos remite a la ilustre y significativa fórmula de la escritora en Memoria de la Melancolía: “Ahora yo soy la cola del cometa. Él va delante” (León, 1999: 22)

BIBLIOGRAFÍA

Alted Vigil, Alicia (1997): "El exilio republicano español de 1939 desde la perspectiva de las mujeres", *Arenal*, vol.4, nº 2.

Álvarez-Uría, Fernando (2013): "Mujeres y política. Las políticas de las mujeres en la España de la Segunda República y la Guerra Civil" en *Papers* (629-646)

Caballé, Anna (dir.) (2003a): *La vida escrita por las mujeres. Obras y autoras de la literatura hispánica e hispanoamericana. Vol.3. Contando estrellas. Siglo XX 1920-1960*. Círculo de Lectores, Barcelona.

Dominguez Prats, Pilar (1998): "Un relato autobiográfico del exilio femenino en México" en Alicia Alted Vigil y Manuel Aznar Soler (eds): *Literatura y cultura del exilio español de 1939 en Francia*. Salamanca, AEMIC-GEXEL, (283-290)

Herrmann, Gina (2010): *Written in red. The Communist Memoir in Spain*. Illinois, University Illinois Press.

Mangini, Shirley (1997): *Recuerdos de la Resistencia. La voz de las mujeres en la guerra civil Española*. Barcelona, Península.

Martínez, Josebe (2007): *Exiliadas Escritoras, Guerra Civil y memoria*. Barcelona, Montesinos.

Mayoral, Marina y Mañas, María del Mar (2011): *Memoria de la guerra civil en las escritoras españolas*. Sial, Madrid.

Nash, Mary (1999): *Rojas: las mujeres republicanas en la guerra civil*. Madrid, Taurus

Reig Tapia, Alberto (1999): *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*, Madrid, Alianza Editorial.

Rodrigo, Antonina (1999): *Mujer y exilio. 1939*, Madrid, Compañía Literaria

Romera Castillo, José (2009): "La Memoria Histórica de algunas mujeres antifranquistas" en *Anales*, 21, (175-188)

Strobl, Ingrid (1996): *Partisanas*. UAB, Barcelona.

Tavera, Susana (2005): "La memoria de las vencidas: política, género y exilio en la experiencia republicana", *Ayer*, 60 (4), (187-224)

FUENTES LITERARIAS

Alberti, Rafael (1987): *La arboleda perdida (Segunda parte). Memorias*. Seix Barral, Barcelona.

Berenguer, Sara (1988): *Entre el sol y la tormenta. Treinta y dos meses de guerra (1936-1939)*. Seuba, Barcelona.

Carreño, Mada (1975): *Los diablos sueltos*. Navarro, México DF.

Ibárruri, Dolores (1992 [reedit.]): *El único camino*. Castalia, Madrid.

León, María Teresa (2000 [reedit.]): *Juego Limpio*. Visor, Madrid.

León, María Teresa (1999 [reedit.]): *Memoria de la melancolía*. Galaxia Gutemberg, Barcelona.

Mistral, Silvia (2011 [reedit.]): *Éxodo (diario de una refugiada española)*. Icaria, Madrid.

Montseny, Federica (1971). *La indomable*. Diario Público, Madrid.

Pàmies, Teresa (1981): *Memoria de los muertos*. Planeta, Barcelona.

Pàmies, Teresa (1975b): *Quan érem refugiats*. Proa, Barcelona.

Pàmies, Teresa (1975a): *Cuando éramos capitanes (memorias de aquella guerra)*. Dopesa, Barcelona.

Ulacia Atolaquirre, Paloma (1990): *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*. Madrid, Mondadori.